



EL PASO PROCESIONAL DE LA REINA DE TODOS LOS SANTOS (I)

Por Juan Miguel González Gómez *

El cambio experimentado en la sociedad desde el siglo XI, por el auge de la burguesía urbana y por el predicamiento de la esposa en la economía familiar, modificaron paulatinamente la imagen femenina.

A partir de la Plena Edad Media la mujer conquista una fisonomía propia, un alma. En el plano religioso, esta nueva conciencia se tradujo en la veneración de la Virgen como Nueva Eva; y en el plano social, la mujer fue objeto de idealización, gracias al naciente amor cortés.

La gran eclosión del fervor a María se produjo en el siglo XII. Los sermones, tratados eruditos, himnos, poemas, visiones, milagros, reliquias, cofradías y procesiones marianas difundieron y fomentaron el culto a la Virgen durante la Baja Edad Media. En este sentimiento pladoso se enmarca la reconquista de Andalucía.

El culto mariano, pues, se retoma en Sevilla a partir de 1248, bajo la tutela de Fernando III y Alfonso X. A la Virgen se le considera no sólo Madre de Dios (La Domina), sino sobre todo mediadora y consoladora de los hombres. Los primeros testimonios nos los ofrecen Ntra. Sra. de los Reyes, la Hiniesta, la Asunción a quien se consagra la Catedral, etc.

Las Cofradías de gloria y penitencia fueron y son el eje del culto y fervor cristiano a Santa María,

desde la Baja Edad Media hasta nuestros días. Han hecho posible que la devoción mariana sea la gran devoción sevillana. Las procesiones experimentan un gran florecimiento tras el Concilio de Trento. En consecuencia, las imágenes procesionan para proclamar y difundir la fe, amenazada por el error luterano.

Las Hermandades y Cofradías demandan para sus cultos internos y externos gran cantidad de obras de arte. Todas ellas subrayan la primera y principal función de la iconografía sagrada: la pedagógica y catequizante. Las artes plásticas, por tanto, eran auxiliares de la predicación y soporte de los sermones. Facilitaban la propagación de cristianismo entre las masas sociales, jugando el mismo papel que los medios audiovisuales de la edad actual. De esta forma, hoy como ayer, la escultura y la pintura se utilizan en las iglesias, como dice el papa Gregorio I El Grande, "para que aquellos que no saben leer aprendan en los muros lo que no pueden aprender en los libros".

La procesión como manifestación externa del culto, encierra una profunda significación. Es la imagen del pueblo de Dios que busca la tierra prometida. Es el desfile de toda la ciudad. De ahí que en ella participen los distintos estamentos religiosos, políticos, militares, judiciales, etc. El centro de máxima atención, en cualquier cortejo procesional, es el paso, concebido a modo de trono, carroza y altar. En él se expone con la mayor dignidad posible la imagen titular.

En Sevilla, entre los pasos de las Hermandades de Gloria, destaca por su acertado programa iconográfico el de la Reina de Todos los Santos. Los respiraderos, estrenados en 1929, fueron diseñados por Juan Pérez Calvo, tallados por Salvador Domínguez Gordillo y dorados por Francisco Rodríguez. Se enriquecen con una cartela de la Anunciación y otra de la Coronación de la Virgen, trabajadas en caoba por José Merino ese mismo año. Ambos relieves aparecen en los costeros izquierdo y derecho respectivamente. Uno y otro aluden a la principal prerrogativa de María y a su apoteosis celestial. En el respiradero frontal y en el trasero se incluyen el escudo de España y la heráldica de los linajes nobiliarios relacionados con la parroquia de *Omnium Sanctorum*. Entre ellos podemos citar a los duques de Alburquerque, marqueses de la Algaba, marqueses de la Mina, etc.





En las esquinas figuran sendos angelotes gubiados por Francisco Buiza Fernández en 1957. Los faldones, que ocultan la parihuela, son de damasco rojo con ocho broches. Fueron realizados por Juan Manuel Rodríguez Ojeda en 1930. Su color, alusivo a Pentecostés, proclama a María Madre de la Iglesia.

Los candelabros, procedentes según la tradición del paso de la Coronación de la Hermandad del Valle, ostentan sendos angelitos que portan incensario, espejo, rosa y azucena. Estas figuritas celestes fueron ejecutadas también por Francisco Buiza en 1957. El incensario, que muestra el ángel turiferario, simboliza las plegarias que ascienden al cielo. El espejo es una alusión inmaculista que refleja la Gloria de Dios. La rosa es símbolo de la maternidad divina de María, rosa sin espinas. Y la azucena es signo y perfume de su pureza virginal. Estos ángeles están cobijados por los candelabros que significan o manifiestan la luz espiritual de la salvación.

La peana, en el centro del paso, es obra dieciochesca del artista sevillano Gabriel Gutiérrez de la Vega. Su estructura, calada e ingrúvida, se exorna con guirnaldas de flores que expresan la alegría del cielo. Sus tres parejas de ángeles atlantes, semejantes a los ubicados en las esquinas del paso, fueron remodelados asimismo por Francisco Buiza en 1957.

Sobre la peana se alza la Virgen con el Niño entre Santos, que insisten plásticamente en tan sugestiva y entrañable advocación mariana. La Reina de Todos los Santos queda flanqueada por dos grupos escultóricos de barro cocido y telas encoladas, atribuidos a Cristóbal Ramos por Alberto Villar Movellán y Carmen Montesinos. Cada grupo, sobre sendas nubes presenta tres santos arrodillados. A la derecha se sitúa

San Basilio, San Lorenzo y San José; y a la izquierda, San Pedro, Santo Domingo y Santa Catalina de Alejandría.

Reina de los Confesores, Reina de los Mártires, Reina de los Patriarcas.

San Basilio, Doctor de la Iglesia, fue arzobispo de Cesarea de Capadocia en la segunda mitad del siglo IV. Fundó los monjes basilianos y destacó como confesor. Viste el hábito de la orden. Luce larga barba y báculo episcopal.

San Lorenzo, diácono del Papa Sixto II, fue administrador de los tesoros de la Iglesia. Murió, asado sobre una parrilla, en el siglo III. Sufrió el martirio en Roma, en tiempos del emperador Valeriano. Viste dalmática roja y porta la palma y la parrilla como atributos personales.

San José, patriarca y esposo de la Virgen, va ataviado al gusto del siglo XVIII: túnica talar y manto terciado. Compone acertadamente, junto a los anteriores personajes, el primer grupo, mediante su pose, gestulación y dirección de la mirada.

Reina de los Apóstoles, Reina de los Predicadores, Reina de las Virgenes.

San Pedro, pescador y hermano de San Andrés, viste túnica y amplio manto o palio apostólico. Exhibe, como primer Papa, las simbólicas llaves del cielo. Aparece en genuflexión simple.

Santo Domingo de Guzmán, fundador de la Orden de Predicadores, muere en Bolonia en 1221. Lleva



el hábito dominicano y en su frente deja ver la consabida estrella. Según la tradición, instituyó la devoción del Rosario.

Santa Catalina de Alejandría, virgen y mártir, que fue miembro de una familia noble de Alejandría. En públicas discusiones confundió a los filósofos paganos, por lo que es patrona de la Filosofía. Fue decapitada por orden de Majencio en el año 307. Su indumentaria, túnica y manto, es propia del Setecientos. Tradicionalmente tiene como atributos específicos la espada y la rueda dentada y rota, alusivas a la profundidad de su palabra y a su martirio respectivamente.

Estas tres últimas esculturas, al igual que las anteriores, componen otro delicioso grupo del paso de salida de la Titular de la Hermandad. En ambos, el artista representa las distintas edades de la vida, desde la juventud a la vejez. En el total resultante, no exento de cierta idealización, destaca la serena belleza de Santa Catalina de Alejandría.

* D. Juan Miguel González Gómez es Profesor Titular del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Sevilla y Académico de Número de la Real Academia de Bellas Artes Santa Isabel de Hungría.